

# **CONO SUR de AFRICA**

## **CARTA DESDE JOHANNESBURGO**

En este momento estoy sentado delante de una pantalla de ordenador en algún lugar de Johannesburgo, en Sudáfrica. He llegado hoy desde Windhoek tras una paliza de 2.100 kms y 25 horas ininterrumpidas de autobús. Dicen que J'Burg (como la llaman aquí) es, junto a la nigeriana Lagos, la ciudad más peligrosa de Africa. La primera percepción de un viajero que llega a esta ciudad es de inseguridad, y desde el primer momento te avisan que no es buena idea para un blanco pasear de día o de noche por el 80% de la ciudad. Los blancos viven en barrios cerrados y muy protegidos.

Estoy a punto de terminar la primera etapa de mi largo viaje por África subsahariana. Hace meses di los primeros pasos en Nairobi, Kenia, y crucé el continente desde Zanzíbar, en las playas del Índico, en el este, hasta el furioso Atlántico sur en Swakopmund, en la costa oeste, haciendo una diagonal de nueve mil kms, siempre por tierra. He viajado casi siempre en autobuses y furgonetas, o haciendo auto-stop y enganchándome con conductores de camiones y pickups, he caminado bastante... incluso he volado doscientos km en una pequeña avioneta, o surcado riachuelos, marismas y lagunas durante una semana encajonado en el tronco hueco de un árbol. Séneca escribió: “el cabalgar, el viajar y el mudar de lugar recrean el ánimo”. Se le olvidó decir que agota.

Pasado mañana doce de Enero vuelo 4.600 km dirección noroeste hasta Lomé, capital de Togo, en África Occidental y cerca de Nigeria. Estoy convencido de que parte de lo más espectacular de este continente olvidado está escondido en algunos rincones del cono Sur. La riqueza de la fauna y la majestuosidad de la naturaleza hacen que uno se sienta muy pequeño. La naturaleza desbordante en las Cataratas Victoria, la travesía en canoa en por el laberinto del Okavango, la sensación de insignificancia en las dunas de Namibia o en la cumbre del Kilimanjaro...

He sumado experiencias memorables y he gozado de la compañía de Juan y Eduardo, dos buenos amigos que han venido desde España para unirse

durante parte de esta etapa. También he percibido con claridad la influencia de la cultura europea en los territorios del Sur de África y he llegado a entender cómo nuestra forma de vida occidental, hipnotizante en su riqueza material y pobre en relaciones humanas y solidaridad, va contagiando como un virus a los vecinos del norte, con el epicentro en Sudáfrica. Ya están infectados sin remedio Botsuana y Namibia. Me desilusiona descubrir que formas descafeinadas de apartheid están muy patentes en Sudáfrica y Namibia. En la ex-colonia alemana la segregación racial es evidente, anacrónica y ofensiva. Los namibios acomodados (casi siempre caucásicos) manifiestan casi sin tapujos que sólo el blanco es rico e inteligente y el destino inevitable del negro africano debe ser la pobreza y el analfabetismo. La mayoría de los namibios tienen perfectamente asumido su papel y lo viven, o con insolencia y prepotencia o con una triste y desesperanzada naturalidad. En un brote de pesimismo, y tras mucho leer, analizar, observar y charlar, he abandonado mis esperanzas de que el África subsahariana pueda salir adelante por sí misma durante varias generaciones. La intrusiva influencia intelectual, económica y social de occidente descafeína la milenaria cultura y tradición que enriquece esta increíble y todavía desconocida parte del mundo. El inglés es el idioma oficial de Namibia, Botsuana, Sudáfrica y Zimbabue, oscureciendo la relevancia y popularidad de los dialectos locales. Hoy, cualquier nativo debe ser políglota si quiere emigrar o dar unos pasos fuera de su poblado. En los más espectaculares y bellos enclaves naturales, como las Cataratas Victoria, el Delta del Okavango, el Parque Nacional Hwange, Swakopmund, las dunas del desierto Namib Naukluft, el 99% de los turistas son caucásicos. Los negros trabajan para que los de rostro pálido disfruten divirtiéndose o practicando deportes de aventura, actividades que a ellos les resultan frívolas y nada tienen que ver con su lucha para sobrevivir cada día. Rafting, puenting, sand-dune boarding, excursiones en quads, pesca, safaris etc... Los nativos de color no entienden estas frivolidades porque con los cien euros que pagas por cinco segundos de caída libre desde un puente, ellos alimentan a su familia durante una buena temporada.

Dejando a un lado estas aburridas disquisiciones filosóficas, debo reconocer que lo he pasado cojonudamente. Sobre todo viendo como Juan y Eduardo han disfrutado de unas de las mejores semanas de sus vidas.

Hemos corrido “detrás” de leones, hemos saltado al vacío desde 111 metros de altura, hemos descendido sobre una tablita de surf por uno de los ríos de aguas revueltas más salvajes del mundo, hemos navegado en canoa por una

de las reservas ecológicas mas vírgenes, levantando la tienda de campaña con cuidado de no obstruir un paso de elefantes, nos hemos deslizado en una tablita a 80 km por hora por las dunas más altas del mundo, hemos conocido la noche y los bares de moda de algunas ciudades, hemos pasado una nochevieja cantando en un concurso de misses, etc.

También he hecho varios viajes en autobús de mas de 24 horas seguidas a más de 35 grados encogido en el duro asiento de un autobús-chatarra, me han humillado y he tenido que pagar sobornos para atravesar la frontera de un país, me he enfrentado dialécticamente con un director nacional de aduanas, hemos dormido en el suelo de la choza de barro de un desconocido cuando cayó la noche sin encontrar donde caer muertos, he acudido a la policía buscando ayuda cuando nadie me recogía al borde de la carretera, han estado cerca de atacarme para robarme, he visto como a una compañera de viaje se le denegaba la entrada a un país, he visto escondido detrás de arbustos a mi guía provocar un fuego para auyentar a un par de elefantes a punto de embestir...

Decía Chesterton: “la aventura podrá ser loca, pero el aventurero debe ser cuerdo”.

## **CAMINO A ZIMBABUE**

Tenía por delante cinco días para llegar a Harare (capital de Zimbabwe) antes de que aterrizaran Juan y Eduardo. Una semana antes me comunicaron a través de un correo electrónico que aprovecharían las vacaciones de navidades para unirse a mi viaje durante un par de semanas y viajar por Zimbabwe y Bostuana. Aún me quedaban varios miles de kilómetros hasta el aeropuerto. Tenía que atravesar parte de Tanzania, Malawi, parte de Mozambique y Zimbabwe.

El autobús desde Dar es Salaam hasta Lilongwe (capital de Malawi) fue una terrible odisea. Veintiocho horas sin descanso bajo un calor asfixiante y húmedo, en un vehículo a rebosar de pasajeros, con los pasillos obstruidos por toneladas de equipaje, un conductor trastornado, carreteras en estado innombrable y una interminable espera, incluida humillación y soborno, en la frontera con Malawi. Decía Tierno Galván: “bendito sea el caos, porque

es síntoma de libertad”. En el autobús entablé amistad con los dos únicos pasajeros no africanos, John y Teresa, dos veinteañeros de Australia y Portugal. Se habían conocido en Nairobi trabajando para las Naciones Unidas y pretendían disfrutar juntos unas vacaciones en Zimbabue. En el puesto fronterizo entre Tanzania y Malawi el oficial de aduanas nos bloqueó el paso a los tres para exigirnos una “contribución especial” y nos sugirió que esperásemos algunos minutos. Mientras los pasajeros africanos obtuvieron su visado de entrada casi inmediatamente, Teresa, John y un servidor pasamos horas esperando a que los funcionarios se dignasen a atendernos; no queríamos contribuir pagando un soborno. Con gestos autoritarios y muecas de desprecio, sugirieron que esperásemos sentados hasta que estuvieran menos ocupados. Mientras tanto bromeaban y holgazaneaban detrás del mostrador.

Pasaron muchas horas y anocheció, la barrera de la frontera se cerró, el puesto de control quedó semivacío y los pasajeros africanos de nuestro autobús aguardaban impacientes. Nosotros tres permanecíamos sentados en el mismo banco en una espera estéril. Entrada la madrugada, un funcionario de Malawi requirió nuestra atención con gesto despectivo. El oficial ojeó con desprecio nuestros pasaportes y perdonándonos la vida manifestó que tendríamos problemas para obtener el visado de entrada a Malawi. Sin embargo, en un acto de suprema benevolencia, podría interceder ante su jefe para, dada la situación especial y el hecho de que les habíamos caído bien, obtener una autorización especial para acceder a su país. Se marchó con nuestros pasaportes y regresó minutos después con una amplia sonrisa y el visado estampado. Pero la intercesión tenía un precio de diez dólares por cabeza. Una vez más, nos comimos nuestro orgullo y pagamos de mala gana. Entrada la madrugada, el autobús retomó su trayecto a Lilongwe con bastantes horas de retraso. Una vez en la capital de Malawi, la rabia aún me retorció las entrañas. Me volvía a plantear las preguntas habituales:

¿Cómo ha llegado África a esta situación? ¿Hay justificación para tanta pobreza y corrupción en este continente olvidado? No conozco a nadie que haya dado aún con la respuesta. Mientras más te documentas, informas y lees, más difícil es llegar a una respuesta. Sin embargo, me gusta la explicación de Ryszard Kapuscinski cuando escribe en Ébano que los europeos somos en buena parte culpables, por una colonización desastrosa:

“Estando en África, el europeo no ve más que una buena parte de ella: por

lo general, ve tan solo su capa exterior, que a menudo no es la más interesante, ni tampoco tiene la mayor importancia. Su mirada se desliza por la superficie, sin penetrar en el interior, como si no creyese que detrás de cada cosa pudiera esconderse un misterio... la cultura europea no nos ha preparado para semejantes viajes hacia el interior, hacia las fuentes de otros mundos y de otras culturas. El drama consistió, en el pasado, en el hecho de que sus primeros contactos recíprocos pertenecieron a una esfera dominada por hombres (europeos) de la más baja estofa: sicarios, pendencieros, delincuentes, traficantes de esclavos etc... no se les pasó por la cabeza el intentar conocer otras culturas, respetarlas, buscar un lenguaje común. En su mayoría, se trataba de torpes e ignorantes mercenarios, sin sensibilidad alguna y a menudo analfabetos. No les interesaba sino conquistar, masacrar, saquear. De resultas de tales experiencias, las culturas – en lugar de conocerse mutuamente, acercarse y compenetrarse – se fueron haciendo hostiles las unas frente a las otras, y en el mejor de los casos, indiferentes... las relaciones interpersonales habían empezado a fijarse de acuerdo con el criterio más primitivo: el color de la piel”.

Kapuscinski sigue diciendo: “En tiempos anteriores a la colonización (no hace mucho) en África habían existido más de diez mil países, entre pequeños Estados, reinos, uniones étnicas, federaciones. El historiador Oliver...centra su atención en la paradoja, aceptada de manera generalizada, según la cual los colonialistas europeos llevaron a cabo la división de África. *¿División?*, exclama Oliver asombrado. *Brutal y devastadora, pero mas bien fue una unificación: el numero diez mil se redujo a cincuenta.*”

Cuando se fueron los europeos, a mediados del siglo XX, comenzó lo peor, y transcurrió en dos etapas:

“la primera etapa ha consistido en una descolonización rápida, en conseguir la independencia. Optimismo, entusiasmo y euforia se adueñaron de todo el mundo. La gente estaba convencida de que la libertad significaba un techo mejor encima de su cabeza, un cuenco de arroz más grande y unos zapatos, los primeros en la vida. Que se produciría un milagro: la multiplicación del pan, de los peces y del vino. No se produjo nada de esto. Todo lo contrario: (en la segunda etapa) aumentó vertiginosamente la población, para la cual faltó comida, escuelas y trabajo. Decepción y pesimismo no tardaron en reemplazar al optimismo. Toda la amargura, rabia y odio se dirigieron hacia las propias élites que, voraces, se dedicaban a llenarse los bolsillos lo más

deprisa posible. En un país que no tiene una gran industria privada, donde las plantaciones pertenecen a extranjeros y los bancos también..., una carrera política es la única posibilidad de amasar una fortuna.”

## LILONGWE, MALAUI

Llegamos agotados a Lilongwe al amanecer. Nada más soltar la mochila en el ruidoso albergue de la estación de autobús, con los baños comunes atascados y rebosando heces, me dirigí al pequeño complejo de construcciones bajas y despintadas que forman el Ministerio del Interior de Malaui. Un calor tórrido inundaba los largos pasillos flanqueados por despachos vacíos en los que oscilaban con un tacatacata metálico los viejos ventiladores de mesa. Me atendió un aburrido funcionario del departamento de aduanas. Explicué detalladamente nuestro “secuestro” en la frontera, pero mis protestas fueron en vano. Pedí dirigirme a su superior. Estaba de vacaciones. Armé un poco de jaleo y, al rato, media docena de funcionarios ya conocían mis desventuras. Para evitar más problemas, me llevaron hasta el superior que supuestamente estaba de vacaciones. Me hicieron pasar a su amplio despacho. Un enorme africano vestido de militar de alta graduación me indicó que tomara asiento al otro lado de su lujosa mesa. Mi presentador se retiró con una reverencia, caminando hacia atrás y sin dar la espalda en ningún momento, y cerrando la puerta con sumo cuidado. El militar llevaba en su muñeca un grueso Rolex de oro. En la mesa se veía en una foto suya saludando cariñosamente al primer ministro. Estaba ante un pez gordo. Hablaba perfecto inglés. Le conté con detalle el mal rato que pasé la noche anterior en la frontera. Tras escucharme con atención, su estado de ánimo empeoró y me pidió una detallada descripción de los funcionarios que me retuvieron. Se la di verbalmente y por escrito. Levantó el teléfono y gritando en algún dialecto local soltó lo que parecían improperios al infeliz al otro lado de la línea. Hizo varias llamadas en el mismo tono. Cuando terminó las llamadas, me aseguró con una sonrisa que el problema estaba resuelto, a su manera.

En los días que pasé en Malaui llegué a temer la visita a mi alojamiento de algún funcionario o militar cabreado.

Lilongwe estaba inundada por las intensas lluvias de principios de verano, que en el hemisferio Sur se producen durante nuestro invierno. El objetivo

de nuestra parada en la capital de Malawi era obtener un visado para pasar por Mozambique, ya que era etapa necesaria en nuestro viaje por carretera hasta Harare. El visado para entrar en Zimbabwe lo obtendríamos en la frontera entre Mozambique y Zimbabwe. Al menos, eso pensábamos. Para nuestra sorpresa, la embajada de Mozambique en Lilongwe tardó 48 horas en estamparnos el aparatoso sello. Nos quedamos atascados en esta fea e inundada ciudad más de lo hubiéramos deseado. Mientras tanto, no paraba de llover.

Por doce euros cada uno, John, Teresa y yo compramos billetes de autobús Lilongwe-Harare, con el obligado tránsito por el norte de Mozambique. Conseguí un asiento tras bastantes gritos y empujones. Pasamos 18 horas en un vehículo de cinco asientos por fila. Afortunadamente, esta vez dormí como un lirón. Los trámites en la frontera con Mozambique fueron rápidos. Durante todo el día atravesamos parte de este olvidado país por el “Corredor de Tete”. Por lo que observé desde la ventana del autobús, Mozambique es uno de los países más pobres del planeta. Hace unas dos décadas años salió de una cruenta y sangrienta guerra civil que duró dieciséis años. Esta nación colonizada hasta hace poco por los portugueses y azotada por las inundaciones las sequías y el Sida depende de la agricultura, la pesca y mucha ayuda exterior. Hoy los campos están repletos de minas y muchos no tienen para comer. Más adelante he vuelto a este país para conocerlo mejor.

Los problemas fronterizos surgieron otra vez en la frontera con Zimbabwe. A Teresa le exigieron visado y no lo tenía. Los portugueses y mozambiqueños tienen algunos problemas diplomáticos con Zimbabwe. No la dejaron entrar. Sus llantos no sirvieron para convencer al tozudo funcionario zimbabués. John continuó el viaje hasta Harare con la esperanza de obtener un visado para su novia. No lo consiguió. Su luna de miel había terminado precipitadamente. En ese momento recordé una cita de Paul Theroux: “los viajes son fabulosos sólo en retrospectiva”.

## ZIMBABUE

Este castigado país sin salida al mar tiene 390.000 km<sup>2</sup> y una población algo inferior a trece millones de habitantes. El idioma oficial es el inglés. Aunque está situado en los trópicos, Zimbabwe o “gran casa de piedra” no

es un país demasiado caluroso porque la mayoría de las tierras están situadas en una meseta a casi mil metros de altura.

En 1850 Livingstone lo atravesó en su histórica y fracasada búsqueda de las fuentes del Nilo. Pero en 1885 descubrió para el mundo occidental las cataratas que denominó Victoria, hoy principal atracción turística del país. En 1889, Cecil J. Rhodes, que decía representar los intereses de la reina de Inglaterra al norte del río Limpopo, se introdujo desde Sudáfrica en la tierra de los Shonas y Ndebele con solo quinientos hombres. Formaban su “Columna de Pioneros”. Descubrió las minas de oro de Kimberley. Clavó la bandera de la Union Jack en Salisbury (actual Harare) y hasta casi un siglo después, cuando Zimbabue se independizó (1980), el país se llamaba Rhodesia.

A principios de 1990, la Reina Isabel II visitó Zimbabue durante una de las peores sequías de su historia. Cuando comenzó su discurso diciendo “rezo porque la sequía termine pronto” se descargó un chaparrón que duró varios días. En 1995, Isabel II provocó una situación parecida en Sudáfrica. Pasaron a llamarla “Motlalepula”, o “la que trae la lluvia”. Hoy, por culpa de la mala gestión política y económica que destroza gran parte de este continente, el país está en caída libre en los índices de riqueza y desarrollo humano.

Harare, libre adaptación de “En-Harawa” y nombre del antiguo jefe tribal de la zona, se llamó Salisbury hasta 1982, poco después de la independencia de Inglaterra. Es hoy una moderna pero decadente ciudad de algo menos de tres millones de habitantes, incluidos los suburbios infestados de campesinos desesperados, chabolas y pobreza. Su centro alberga rascacielos de cristal y metal, anchas y descuidadas avenidas, lujosas calles comerciales con las tiendas cerradas, mansiones gubernamentales y coches importados. El porcentaje de población blanca era relativamente alto hasta hace poco. Los pocos blancos que quedan viven separados de los negros en mansiones vigiladas de infranqueables muros en las ricas barriadas cerradas del Norte y Este de la ciudad. El centro de la ciudad y distrito de negocios es una zona compacta, flanqueada por las calles Samora Michel, Robert Mugabe, Fourth Street y Jules Nyerere Way. Por la noche se escuchan los ecos de música africana desde el Civic Center y la calle Julius Nyerere.

Tras de teñirme el pelo de un hortera rubio platino en una peluquería del centro de la ciudad, fui al aeropuerto a dar la bienvenida a Juan y Eduardo, que llegaron uniformados al más puro estilo Coronel Tapiocca. Tras un ruidoso recibimiento nos quedamos un par de noches en el Hotel Terreskane. Bajo nuestra habitación la música africana retumbó hasta el amanecer. El día siguiente lo dedicamos a organizar un viaje al Parque Nacional de Hwange y a Vic Falls o cataratas de Victoria, en el noroeste del país.

Tomamos un cómodo autobús hasta Bulawayo. Desde allí hicimos auto-stop en una camioneta pick up hasta el Hwange National Park. Este parque natural es uno de los más accesibles y ricos en animales salvajes de todo Africa. Situado en los límites del mítico Desierto de Kalahari, Hwange era la antigua reserva de caza de los reyes Ndebele. Se convirtió en Parque Nacional en 1929. Tras el reconocimiento exterior en 1980 de la independencia de Zimbabue los cazadores furtivos mataban entre 15 y 20 rinocerontes por semana. En Oriente se pagan cientos de dólares por un pequeño bote con polvo de cuerno de rinoceronte. Dicen que tiene propiedades afrodisíacas cuando se aplica a los órganos genitales. Desde entonces, la población de rinocerontes ha ido menguando hasta quedar casi extinguida. En Hwange nos alojamos en una cómoda cabaña del Main Camp. Contratamos un jeep con guía y disfrutamos observando familias de elefantes que jugaban en las charcas, solitarias hienas y chacales, cocodrilos, perros salvajes, leones y jirafas. Curiosamente, Zimbabue tiene un problema de sobrepoblación de paquidermos con más de 70.000 ejemplares. Matan familias enteras a balazos ya que es demasiado caro dormirlos y trasladarlos. Durante las pasados sequías algunos elefantes huyeron de su hábitat natural e invadieron las ciudades, destruyendo parques y jardines urbanos. No son pocos los casos en los que clanes enteros se introdujeron en las propiedades privadas para beber de las piscinas.

A menos de cien kms del parque Natural de Hwange se encuentra una de las principales atracciones turísticas del continente: las Cataratas Victoria. En esta latitud el caudaloso río Zambeze se abre como un rastrillo hasta adquirir una anchura de 1,7 km, cayendo en picado desde una altura de entre 90 y 107 metros. En agosto pueden desplomarse medio millón de metros cúbicos de agua por minuto. De marzo a mayo este volumen se multiplica por diez. Dicen que Vic Falls es la mayor contribución de

Zimbabue a las maravillas del mundo. Verdaderamente, las cataratas son un espectáculo que pone la piel de gallina.

Cerca de las cataratas se ha construido un poblado artificial y turístico. Un lugar carnavalesco, plagado de hoteles y albergues; agencias de viajes, tiendas de camisetas, bazares llenos de artesanía típica africana, furgonetas y hoteles de lujo, turistas obesos y ruidosos con camisas de flores, hamburgueserías y mafiosos que “te ayudan” a cambiar euros o dólares. La parte buena es que desde aquí puedes organizar muchas maneras de divertirse.

## **PUENTING RADICAL**

...O como saltar al vacío atado a una goma.

Dicen que Vic Falls es el centro africano del deporte-aventura. No sólo le acompañan las impresionantes cataratas y el revuelto río Zambeze, sino también de variada oferta de actividades extremas. Si pagas puedes volar en ala delta, ultraligero y globo, dejarte llevar en balsa por las aguas turbulentas del río Zambeze, kayaking y riverboarding, safaris a caballo y en canoa, trekking, bicicleta de montaña etc.

Pero el mayor derroche de adrenalina es saltar al vacío desde uno de puentes más altos de África. Hoy recuerdo con escalofríos y los vellos erizados la fugaz experiencia que me dejó trastocado durante varios días. Escribiré en segunda persona para hacerlo más inmediato:

Hay bastante gente en este puente de hierro, que en cada lado tiene un puesto fronterizo. Une Zambia y Zimbawe, y también las esquinas de dos precipicios y un profundo cañón. 111 metros más abajo se estremece con un runrun sordo un caudaloso río de aguas espumosas y enfurecidas. En el centro de la estructura divisas una pequeña rejilla metálica que sobresale, una docena de jóvenes que me recuerda a una reunión de surfers. A su alrededor se arremolina una multitud de turistas de todo tipo. Te acercas con miedo y unos minutos después, tras tomar la fatídica decisión, llevas dos números pintados en el brazo, cerca del hombro. Un número es tu turno y otro tu peso. Notas como tu preocupación se va transformando en pánico a medida que los descerebrados que te preceden van saltando al vacío.

“¡43!” grita John, un corpulento y rubio monitor sudafricano.

Mientras el 43 aterrizado se acerca a la plataforma, escuchas lo que no quieres oír:

“¡44!”

“Soy yo...”

“acércate...” “¿como te llamas?”

“Manuel.”

“¿Estas seguro de lo que vas a hacer? ¿Algún problema cardiaco o de salud? Bueno, déjame explicarte que estas a punto de experimentar una de las caídas al vacío mas altas y radicales del mundo”.

“Alcanzarás los 180 km por hora. La seguridad es lo más importante. Cuando estés cayendo no se te ocurra escupir. ¿Has firmado el testamento? La semana pasada se machacaron el cráneo ocho tíos como tú.”

Ja ja, que poca gracia.

Escuchas todo esto mientras te enrollan una toalla en las espinillas y te atan con firmeza alrededor de los tobillos una cinta de tela. Tu predecesor, el 43, desaparece súbitamente de la plataforma bajo la mirada atenta de los curiosos que encaramados a la barandilla exclaman OOOH!!! al unísono.

El monitor surfero te sigue diciendo tonterías en inglés. Alguien te empuja suavemente hacia la plataforma. Los curiosos te hacen un pasillo y estás de pie al borde del abismo, preparado para el salto. Te sientes como un cordero que va al matadero. Tu instinto de supervivencia te quiere traicionar y tus piernas tiemblan. Estás sólo sobre la rejilla metálica de un metro cuadrado. Todos han quedado atrás.

“¡No mires abajo!”.

Demasiado tarde. Miras abajo y te percatas que estas encaramado sin protección a milímetros de un abismo equivalente a un edificio de 40 pisos. Esto es lo que debe sentir un suicida en los últimos segundos de su vida. Ves el agua espumosa que te espera amenazante. Te recorren escalofríos. Un zumbido en la cabeza te aísla del sonido exterior. Ves y no escuchas. Miles de pensamientos apelonados. Estas a punto de darte la vuelta. Notas miradas de compasión y de ánimo. Juan y Eduardo gritan algo pero no te enteras por que todo se ralentiza y escuchas un zumbido dentro de la cabeza. Eres el centro de la atención y recuperas el oído y una digna y precaria compostura.

Los tres instructores gritan al unísono

“Five, four, three, two, one ¡¡¡BUNGIIIIIII!!!.”

Gritas “¡¡¡AAAAAAAHAH !!!” y sin pensarlo más saltas hacia adelante

con los brazos abiertos en cruz, mirando hacia el horizonte, sin verlo. Sigues gritando todo lo que dan los pulmones para tapar tu histeria. Sientes algo desconocido. Tu mente se bloquea. No tienes ningún punto de apoyo y braceas en el vacío como un bebé. Vas adquiriendo velocidad en milisegundos que parecen siglos. La cabeza y el tórax adquieren una posición vertical boca abajo, chupado por una enorme fuerza invisible. Tienes los ojos abiertos pero no ves porque las sensaciones son demasiado intensas. El pánico te paraliza mientras adquieres máxima velocidad y los oídos te silban escandalosamente. Sientes que te han proyectado a máxima potencia sobre la cara un secador de pelo gigante. Las mejillas se estiran y las pupilas se secan. Ahora intuyes que las torturadas aguas blancas se acercan, como quien gira rápido un potente zoom. Sientes la impotencia de un recién nacido. Ya no ves horizonte, montañas ni rocas, y ahora sólo hueles agua. Desciendes tanto que parece que tu cabeza va a sumergirse en la espuma turbulenta y ruidosa. De repente, sientes una presión en los tobillos que se intensifica y llega a hacerte daño. Una fuerza invisible, ahora que tira hacia arriba, hace que pierdas velocidad hasta que se neutraliza la caída.

Con la fuerza de un potente imán sales despedido hacia arriba, tanta que estas a punto de estamparte contra el fondo del puente que habías abandonado segundos antes. Pareces un yo-yo. Te acercas mucho y puedes ver las caras de Eduardo y Juan que te gritan algo desde arriba, asomados a la barandilla. No escuchas lo que dicen. Vuelves a caer como una piedra y comienzas a subir y bajar como un monigote inerte. Ahora la sensación es más suave y empiezas a recobrar la conciencia, escuchar y disfrutar. Te balanceas hacia adelante y hacia atrás, arriba y abajo. Después de siete u ocho rebotes quedas colgando boca abajo a treinta metros del río y más de setenta debajo del puente, esperando a que alguien te suba. Mientras, lo único que se te ocurre es: “si se rompe la goma ahora tengo más oportunidades de sobrevivir... Ahora entiendo porque los suicidas mueren de un ataque cardíaco antes de estamparse.”

La sensación de paz y seguridad después de poner los pies en tierra firme debe ser parecida a la de un enfermo desahuciado que vuelve a valerse por sí mismo. Tienes la inmensa satisfacción de haber traspasado tu límite. Palmaditas en la espalda y alguien que te dice: “¡que cojones, chaval!”.

## **RAFTING Y RIVER BOARDING EN EL ZAMBEZE**

Al día siguiente Juan, Eduardo y yo salimos con entusiasmo a buscar otra “aventura de pago”. Nos apuntamos a una excursión que nos haría descender 20 km río abajo en el Zambeze, que está considerado uno de los mejores del mundo para el rafting o descenso en balsa por aguas rápidas “whitewater rafting”. Se superan dieciocho rápidos, cada cual más turbulento. El descenso dura todo el día. Una excelente organización y multitud de empresas y medios hacen que muchos viajeros con ganas de deporte-aventura disfruten diariamente de los rápidos, subidos en robustos “gomones” amarillos de ocho plazas timoneadas por guías locales. Para un descenso seguro son necesarios casco, remo y chaleco salvavidas.

River boarding es una novedosa y más extrema variante del rafting. Los rápidos se bajan sin balsa, a pelo, con casco y aletas y el torso se apoya en una pequeña tabla rectangular de poliuretano, parecida a las tablas de “bodyboard”. Durante el descenso te acompañan varios guías. Por su riesgo, esta actividad exige mucha vigilancia.

Optamos por medio día de river boarding y medio de rafting. Precio total: unos cien euros. Sobre la tablita de bodyboard las sensaciones son más intensas que sentado con un remo en la borda de una balsa hinchable. Desde el momento que saltas a las revueltas aguas del Zambeze pasas la mitad del tiempo bajo la superficie, magreado por una tumultuosa y ruidosa espuma blanca. En algunos lugares se forman olas estáticas, es decir, olas para surfear de dos o tres metros de altura que rompen permanentemente sin moverse del sitio. Las sensaciones son fuertes y la adrenalina regurgita. Es una experiencia especial la de dejarse llevar por millones de toneladas de líquido y espuma que viajan y bailan contigo, zarandeándote y acompañándote. Es parecido a un inmenso alud de nieve, estruendoso y devorador, pero en este caso aquí lo cabalgas como un salvaje y a su merced.

Mientras sacas la cabeza para respirar en el epicentro de este caos, ves que, sin ningún control, pasas como un obús muy cerca de las orillas rocosas, que se mueven hacia atrás a una velocidad espeluznante. Eres tú el que te mueves como un tapón de corcho en un arroyo crecido. Me recuerda a lo

que sentía de niño en la atracción de feria “El Gusano Loco”, cuando caía la lona y el cochecito seguía bamboleándose en la oscuridad. Algunos rápidos son Grado 6 (extremadamente peligrosos) y debíamos salir del agua, con la tabla bajo el brazo o arrastrando la balsa, y flanquearlos caminando por las rocas.

Tras un pic-nic muy húmedo, durante la tarde continuamos bajando el Zambeze, esta vez con ocho compañeros y un guía-timonel, en una balsa de caucho amarillo. Se trataba de no volcar, usando nuestros remos para pasar por la zona más tranquila de cada rápido, sin estrellarnos contra las traidoras rocas que emergían en los sitios menos esperados.

Aunque se produzcan en un entorno controlado y sean de pago, estos son también momentos para no olvidar. Te recomiendo que vengas a Vic Falls si te gustan las sensaciones fuertes. Forma de llegar: vuelo a Harare vía Londres y un largo día de autobús o tren. Sería interesante informarse previamente sobre la situación política en este oasis de diversión en el extremo noroeste de un país atormentado.

## **BOTSUANA**

Tras divertirnos de lo lindo en Victoria Falls, Eduardo, Juan y yo nos echamos las mochilas a la espalda y emprendimos camino hacia Botsuana. La frontera quedaba sólo a media hora en coche. Reservamos un taxi por un precio razonable y nos encaminamos al puesto fronterizo de un país al que no sabíamos si podríamos acceder, ya era obligatorio un visado y en la frontera no lo concedían. Edu y Juan viajaban sin visado. Afortunadamente la jugada nos salió bien porque los funcionarios fronterizos se apiadaron al vernos colgados y sin transporte. Además, según aprendí en Malauí, todo visado tiene un precio, y mis acompañantes estaban dispuestos a desembolsar lo que hiciera falta. Tras un corto trámite aduanero, una furgoneta nos acercó amablemente a Kasane, el pueblo más cercano. Allí no encontramos camas disponibles y nos alojamos en la remota choza del conductor de una camioneta pick-up que también se apiadó de nosotros. Antes de meternos en la choza fuimos presentados al jefe del clan, que nos dio la bienvenida. Al amanecer del día siguiente, tras algunos empujones, nos apretujamos en asiento trasero de una furgoneta-taxi que nos llevaría hasta Nata. De allí, un autobús hasta Maun, a las puertas del mítico Delta

del Okavango.

Botsuana es un país algo más extenso que España, con menos de dos millones de habitantes y sin salida al mar. Está aprisionado entre Namibia al Oeste y Norte, Zimbabue al Este y Sudáfrica al Sur. En el momento de hacer este viaje, la conexión aérea Europa-Okavango no era buena; era necesario volar hasta Sudáfrica, desde Johannesburgo embarcarse en otro avión hasta Gaborone, capital del país, y tomar un tercer avión (de hélice) hasta Maun. Botswana está cubierta por sabanas y el Kalahari, un desierto semiárido punteado de arbustos y azotado por fuertes vientos y temperaturas nocturnas bajo cero. La estación lluviosa transcurre durante el verano austral, entre noviembre y marzo. El idioma oficial del país es inglés. Botsuana tiene una de las rentas per cápita más alta de Africa, gracias a las minas de diamantes y a un buen gobierno. La incidencia del Sida es altísima, y muy baja la tasa de natalidad.

Los primeros habitantes de Botsuana fueron los bosquimanos y otras tribus, que formaban las naciones tsuanas. A principios de siglo XIX los primeros misioneros europeos quedaron impresionados por la excelente organización social de estos pueblos. David Livingstone se casó con la hija de un misionero, pero los Boers le acusaron de vender armas a los Tsuanas y quemaron su casa.

Uno de los más importantes eventos en la historia de esta joven nación fue el “Gran Trek” o viaje de los Boers sudafricanos al norte del río Vaal. Los Boers reclamaban su derecho divino a ocupar cualquier tierra en el sur de Africa. Veinte mil colonos blancos entraron en territorio Tsuana y Zulu y reclamaron las tierras como suyas. La superioridad de las armas de fuego sobre las lanzas y arcos hicieron el resto. Cada granjero Boer tenía derecho a ¡2.400 hectáreas de terreno!. Las tribus nativas desplazadas por la invasión pidieron ayuda a los británicos, y en 1885 los territorios Tsuanas se convirtieron en el protectorado británico de Bechuanaland. Algunos años después el empresario-militar-colonizador Cecil Rhodes intentó apropiarse de extensos territorios para ampliar su imperio de minas de oro y diamantes y dar realidad a su proyecto de unir El Cairo con Ciudad del Cabo por ferrocarril siempre sobre territorio colonizado por Gran Bretaña. La dependencia Botsuana de Gran Bretaña se alargó hasta finales de 1940 por miedo a una invasión Sudafricana. En 1966 el país se independizó de Inglaterra sin derramar una gota de sangre y pasó de llamarse Rhodesia del

Sur a su actual denominación. Se acordó mantener el título de propiedad de los rancheros o descendientes de colonos blancos. “Casualmente” en 1967 se descubrieron algunos de los yacimientos de diamantes más importantes del mundo. Existe un acuerdo de explotación con la minera sudafricana De Beers, que deja un 75% de los beneficios en el país. En los 80, Botsuana mantuvo el segundo ritmo de crecimiento económico más alto del mundo. Es uno de los pocos países democráticos de África.

## **DELTA DEL OKAVANGO, EDÉN SALVAJE**

Se dice acertadamente que los parques naturales de Botsuana están entre los más vírgenes y salvajes de África. Afortunadamente no sufren la sobreexplotación de los parques de Kenia, Sudáfrica o Tanzania. Eriza la piel detenerse a observar las interminables sabanas arboladas coronadas por fofas nubes grises y esponjosas a punto de descargar. La infraestructura turística aún no está muy desarrollada. Sin embargo, para nuestro disgusto, la escasez de turismo en este país se debe, en parte, a sus altos precios. Como en Namibia, el gobierno promueve un turismo de alto poder adquisitivo. El acceso a los parques naturales cuesta veinte euros al día, y más cuesta acampar. La mayoría de los turistas y visitantes son ejecutivos europeos que trabajan en las minas, voluntarios de ONGs y ricachones que vienen pocos días, gastan mucho, dejan enormes propinas y no salen de su tour organizado.

El río Okavango, de 1.300 km de longitud, nace en el centro de Angola, baja hasta Namibia y se hunde en las sabanas de Botswana. Lo llaman “el río que nunca encontró el mar”. Hace dos millones de años el Okavango llegaba hasta el océano, pero una intensa actividad tectónica lo desvió y lo asfixió en el corazón del desierto del Kalahari. Este fenómeno es parecido a dejar abierta una manguera sobre la arena de la playa. Es el delta interior más grande del mundo, ya que no desemboca en una gran masa de agua. El delta es un extensísimo laberinto de canales, lagunas e islas, y tiene el tamaño de Suiza. En este extraño y enorme oasis provocado por la abundancia de agua conviven todo tipo de animales. Como el cráter de Ngorongoro, es un paraíso aislado del mundo, provocado por un accidente natural. La Unesco lo ha declarado Patrimonio de la Humanidad. El agua sube y baja según la estación de año, y los ríos, canales e islas aparecen y

desaparecen. Al igual que los desiertos del Namib Naukluft en Namibia, la fisonomía de este onírico enclave cambia cada año. Lluve en Angola hasta final de abril, y las aguas crecidas llegan en junio al lecho seco del delta. Julio, Agosto y Septiembre son los meses adecuados para explorar la maraña de canales, sentado sobre la paja esparcida en el interior de un mokoro. El mokoro es una estrecha canoa de ébano tallada en un tronco, muy estable e ideal para aguas poco profundas, impulsada por un guía con una pértiga que va de pie en la popa.

La zona más profunda y virgen del delta es el Moremi Wildlife Reserve. Nuestro guía nos dijo “con que solo veais un diez por ciento de la fauna que os vigila oculta tendréis una experiencia inolvidable”. Cada minuto crecía nuestra ilusión ante la expectativa de encontrar la vida animal en todo su esplendor.

Para llegar a la zona protegida de Moremi embarcamos en Maun en una pequeña avioneta que nos dejó cerca de Gunn’s Camp, campo base para las excursiones situado en el centro de una zona húmeda y forestada de difícil acceso por carretera. Nos apeamos del bimotor de seis plazas en una pista de tierra prensada. Minutos después dio media vuelta ruidosamente y nos abandonó elevándose hacia las nubes, dejando atrás el terruño polvoriento que llamaban pista de aterrizaje. Un simpático nativo que nos esperaba sentado en un tronco nos condujo por un camino entre la maleza hasta las instalaciones de Gunn’s Camp, varias tiendas de campaña de gran tamaño, con sus cuartos de baño y un pequeño bar. Allí nos esperaban dos guías con dos mokoros, listos para comenzar una odisea de tres días.

El primer día lo pasamos semi-tumbados sobre el lecho de paja de nuestros estrechos mokoros, surcando despacio los poco profundos canales que se adentran en la reserva de Moremi. A diferencia de otros parques naturales de África, el delta se puede visitar haciendo largas caminatas, sin vehículo, o navegando en el “mokoro” impulsado por la larga pértiga de Matthew, mi guía africano. La velocidad de desplazamiento del mokoro es lenta pero la fauna salvaje que se divisa desde esta privilegiada tribuna está tan al alcance de la mano que a veces da pavor. Hay que respirar profundo, henchido de satisfacción, cuando miras hacia delante y ves que la proa de tu mokoro rasga la débil cortina de espigados “papyrus” que emergen del agua, y detrás divisas enormes llanuras sembradas de gruesos baobabs descarnados y una vegetación que no habías visto antes, y todo coronado

por un cielo sembrado de nubes de porte majestuoso y caprichoso al mismo tiempo. Disfrutas escrutando nutridas formaciones de aves que sobrevuelan tu cabeza o descansan agrupadas en la orilla del canal y una ordenada desbandada remontan el vuelo cuando te acercas, creando instantes de sombra. Te asombras al toparte a la derecha con gacelas que pastan confiadas, te miran y vuelven indiferentes a su quehacer. A la izquierda un elefante bebe mientras su vástago se revuelca en el barro.

En ocasiones tuvimos que esperar a que los elefantes terminaran de beber y se alejaran o que los hipopótamos se distrajesen, para flanquearlos sigilosamente. Dicen que la riqueza avícola del delta es la más numerosa y variada de África. Desde el mokoro vimos muy de cerca jacanas africanas, ibis, loros, búhos, águilas, buitres, “snakebirds”, cálaos de enormes picos que descansaban, pescaban o buceaban. Por las noches acampábamos en medio de la reserva, sin ninguna protección y arropados por el murmullo de animales y aves en libertad.

A última hora de la tarde desembarcamos cerca de una gran explanada. Juan, Eduardo, los dos guías y yo armamos las tiendas de campaña mientras observábamos con preocupación como pasaban elefantes a pocas docenas de metros. Pero nos ignoraban de una manera insultante. Bien entrada la noche, en las largas horas de insomnio, los tres dábamos vueltas en el saco de dormir aterrorizados por los rugidos de leones y otros depredadores, que con libertad y nocturnidad se vivían sus rutinas muy cerca de nuestras frágiles tiendas. Es increíble a que velocidad y riqueza funcionan los fotogramas de la imaginación cuando uno tiene miedo. Juan dice que no pegó ojo y pasó la peor noche de su vida. Para rematar, a las cuatro de la mañana nos cayó el cielo encima entre un festival de truenos y relámpagos. Me pasé la noche achicando agua del interior de mi tienda de campaña.

Como complemento al mokoro, el “walking safari” es una interesante variante para ver la fauna salvaje de cerca, sin molestarla. Nos dejamos llevar por la experiencia del guía y cualquier huella o rastro sirve para especular sobre la presencia de grandes mamíferos en libertad. Seguimos la pista de ramas rotas, huellas, desechos orgánicos y sonidos y olores, y encontramos antílopes de varias especies, impalas, hipopótamos, chacales, hienas, mandriles, perros salvajes africanos y muchos elefantes. Dicen que en el delta habitan cocodrilos del Nilo y los siempre escurridizos leopardos, pero no llegamos a verlos.

Un día estábamos tomando una foto debajo de un baobab en las estribaciones de una zona boscosa. De repente, y sin mediar palabra, Matthew salió disparado, como un resorte. Corría a toda velocidad, mientras nos hacía señas con el brazo para que le siguiéramos. Lo hicimos sin preguntar ni entender que ocurría. Poco después nos dimos cuenta que corríamos escasos metros detrás de un león y una leona que huían, enseñando sus traseros y mirando molestos hacia atrás. Nuestra única protección era un inofensivo palo de madera que Matthew blandía amenazadoramente (sic). Desde niño siempre imaginé que sería yo el que, aterrorizado, correría delante de los leones. Matthew nos explicó después porque el rey de la jungla teme a los humanos: hace sólo tres años vivían en esta zona más de un millar de leones. Hoy quedan sólo treinta parejas. La caza furtiva amenaza con extinguir la especie en esta zona. Por la misma causa ya no queda ningún rinoceronte.

Un privilegio del Delta de Okavango que no olvidaremos es haber gozado de la naturaleza en un estado muy primario, sin interferencia humana. Tuvimos la sensación de que aquello era nuestro porque estábamos apartados del turismo que hoy abarrotta muchos parques y reservas de Africa.

## NAMIBIA

Estoy convencido de que Namibia es uno de los sitios más fotogénicos del mundo. Su territorio está lleno de fabulosos paisajes desérticos y misteriosos. Los 1.400 kms de costa en el oeste, son en su mayor parte un desierto larguísimo que tutea al Atlántico Sur. En el interior están los “inselbergs” o montañas de cima plana de cortes abruptos y verticales caídas. Al Oeste, el Desierto del Kalahari hace frontera con Botswana y Sudáfrica. En el Norte, tierras húmedas regadas por los ríos Okavango y Zambeze. Al Sur, mucho desierto y fantásticos ríos secos que forman los espectaculares cañones de Fish River y Kuiseb.

Namibia es un extraño injerto alemán en el Sur del continente negro. El idioma oficial es el Afrikaans, como en Sudáfrica. Proviene de un cruce de holandés con dialectos locales. Además del afrikaans, el namibio se defiende en inglés y en el dialecto propio de su etnia.

Descubrimos con jolgorio que también hablan "chiquitistán". ¿Te acuerdas del chiquito de la calzada? En uno de nuestros trayectos en auto-stop, Juan y yo bromeábamos en español e intercalábamos algunas expresiones de este cómico andaluz. Los pasajeros namibios del vehículo entraron en nuestra conversación al escuchar palabras que les resultaban familiares.

Sacamos en claro estas similitudes entre la “lengua chiquito” y algunos dialectos locales:

Grijander: ¿como estás? (herero)

Ekarenauer: hasta luego (herero)

Junemore: hola (afrikaans)

Commorr: número (herero)

La antigua África del Sudoeste tiene unos 825.000 km<sup>2</sup> (España e Italia juntas) y está habitada por unos dos millones de habitantes. La población blanca no rebasa el 6%. Sin embargo, esta minoría caucásica ha tenido un importante impacto sobre las costumbres, infraestructura y modo de vida. Las etnias africanas, tras una larga etapa de sangrientos conflictos tribales para marcar sus territorios, han quedado dividida en varias tribus: Hereros, San, Damaras, Kavangos, Himbas, Ovambos etc.

Hasta hace un par de siglos, la traicionera costa de Namibia fue ignorada por los exploradores marítimos europeos. Los primeros en arriesgarse a desembarcar fueron algunos misioneros alemanes. A finales del siglo XIX, Luderitz convenció al canciller alemán Bismarck para que concediese a estos nuevos territorios el estatus de protectorado alemán. A comienzos del siglo XX se produjo una masiva inmigración de ciudadanos alemanes. Poco después se descubrieron en el sur del país las mayores minas de diamantes del mundo. Aún hoy, gran parte del sur namibio es zona de acceso prohibido. En 1915 los sudafricanos expulsaron a los alemanes. Llegaron atraídos por las riquezas y animados por la derrota alemana en la primera guerra mundial. El primer ministro sudafricano Botha y el General Jan Smuts se ocuparon de la nueva invasión. El país pasó a llamarse Africa del Sudoeste. En 1956 las Naciones Unidas declararon ilegal la ocupación sudafricana.

Pero las riquezas de las minas de diamantes, trabajadas por esclavos negros, eran una ración demasiado apetitosa y los sudafricanos se negaron a marcharse. Fuera de la zona minera, un reducido grupo de 6.000 colonos

blancos eran capaces de dominar este extenso país, quedándose con las mejores tierras del centro, y expulsando a las tribus negras a zonas más inhóspitas. Allí fueron diezmadas por el hambre y la falta de recursos. Para recuperar las tierras y el poder perdido, los habitantes indígenas iniciaron en 1966 una guerra de guerrillas contra los opresores blancos y crearon SWAPO. En 1972 la ONU volvió a declarar ilegal la ocupación Sudafricana, pero una guerra civil en Angola, país fronterizo al Norte, justificó la prolongación de la ocupación. Los sudafricanos se justificaban alegando su derecho estar preparados contra posibles ataques de los 19.000 soldados cubanos desembarcados en Angola para apoyar a una de las facciones en liza.

Finalmente, en 1990, la zona de administración especial “Africa del Sudoeste” obtuvo su declaración de independencia, y el líder de la SWAPO se convirtió en el primer presidente de Namibia. Muchos colonos afrikaans se negaron a marcharse y hoy viven aislados en inmensas fincas de miles de hectáreas en zonas áridas y desoladas. Ahora el mayor reto es la altísima incidencia del Sida: uno de cada cinco namibios está infectado y la esperanza de vida se ha reducido a unos ínfimos 43 años.

Namibia sigue siendo un país controlado “de facto” por la minoría blanca. Las tribus que un día fueron dueñas de las tierras y han logrado sobrevivir habitan hoy en las zonas forestales del Norte, en la frontera con Angola. Cuando uno pasea por Windhoek, Swakopmund, Walvis Bay o Luderitz parece que está de visita en Baviera. La diferencia es que aquí te rodea un desierto sin fin. Con una bajísima densidad de población, Namibia cuenta con uno de las rentas per capita más altas de Africa, gracias a las minas de diamante y uranio del sur, la riqueza pesquera de sus costas y las inversiones alemanas y sudafricanas. De Beers, la mayor compañía de diamantes del mundo (sudafricana) deja el 75% de sus ganancias en las arcas del gobierno namibio, como ocurre en Botsuana.

Las colosales e interminables dunas y extensas zonas áridas dan un aspecto fantasmagórico a dos tercios de este territorio en el fin del mundo. La infraestructura turística es una de las mejores de Africa, y la oferta de actividades y excursiones es tan amplia que es difícil elegir: la costa de los Esqueletos, el Desierto Namib Naukluft, el Parque Natural de Etosha, Kaokoland, Fish River Canyon, Sossusvlei, Caprivi, Windhoek, Swakopmund etc. La filosofía del Ministerio de Turismo es atraer turistas

de alto poder adquisitivo. Es difícil viajar barato. Los precios de los tours organizados son prohibitivos para los mochileros. Para conocer el país a fondo es imprescindible alquilar un todo terreno.

La población blanca de Namibia es la más racista que conozco.

Sirva de ejemplo la siguiente anécdota, que me ocurrió en Swakopmund, en la costa atlántica y punto de partida para las excursiones al desierto y la costa: a las diez de la mañana de un soleado domingo estaba de espectador en un desfile de amazonas que cabalgaban sobre acicalados corceles, por la calle principal y en filas de a dos. Las adolescentes participaban en el campeonato nacional de hípica, que se celebraría días después en una localidad cercana. Estas jóvenes embutidas en uniformes impolutos desfilaban sobre sus caballos de raza, altivas, con gesto adusto y mirada distante. Las amazonas eran adolescentes de piel blanca y pelo rubio. Al frente, un coche vomitaba una atronadora marcha militar que vagamente me recordaba épocas nazis. La apretujada multitud de negros contemplaba boquiabierta este despliegue de glamour surrealista. Durante el desfile le comenté a mi amigo Enzo, de Pescara (Italia), lo extraño de la escena. Una “swakopmundesa” blanca que oyó mi comentario, me tocó el hombro y con voz grave y ceño fruncido nos arengó sobre el error de nuestra apreciación: "Aquí no hay racismo. No estáis viendo amazonas negras porque los negros no tienen caballos..."

Tras decir esta barbaridad, se dio la vuelta y se alejó, tan campante...

## UN LARGO VIAJE

Pero es ahora el momento de compartir los buenos y malos momentos en la peculiar Namibia.

Tras despedirnos en Botsuana de un apesadumbrado Eduardo que regresaba a España, Juan y yo atravesamos parte del Desierto de Kalahari en un destartalado autobús semivacío, botando en los duros asientos de madera. Por la noche acampamos en el jardín de un hotel en Ganzhi, aún en Bostuana. Amanecemos a las tres y media de la madrugada, y a acurrucados a la intemperie en la bandeja trasera de una camioneta “pick-up” recorrimos muchos kilómetros por las polvorientas y pedregosas pistas del desierto de Kalahari. Nuestros benefactores eran un joven amable y mastodónico

namibio blanco acompañado por su pulcra y rubia esposa, que habíamos conocido la noche anterior en una furtiva internada al comedor del hotel. Estaban recién casados y volvían a su país después de viajar durante un mes por el cono Sur de África. Iban con prisa para retomar el control y administración de su finca de cincuenta mil hectáreas en algún lugar en medio de la nada. Ambos estaban contratados por su terrateniente afrikaans para explotar 20.000 cabezas de ganado. Cubiertos de polvo y ateridos de frío llegamos poco antes de las siete de la mañana al desolado puesto fronterizo de Buitepos, entre Bostuana y Namibia. Aún no había llegado nadie, el puesto estaba cerrado.

Diez minutos más tarde aparecieron de repente unos funcionarios nativos bien uniformados, de semblantes somnolientos y desganados. No tuvimos problemas para pasar la frontera, lo cual es mucho decir en Africa. Tres horas después de entrar en Namibia, ya a plena luz del día, la camioneta se detuvo en una pequeña y animada población. Nos despedimos de la amable pareja, que se desviaba hacia el Norte. Juan y yo debíamos continuar hacia el Oeste hasta Windhoek. En este momento saqué la foto más significativa de esta vuelta al mundo; extendiendo el pulgar al borde de una calzada y sosteniendo un cartón blanco con WINDH rotulado a mano. Tuvimos suerte y pronto paró una furgoneta llena de divertidos mulatos que tras muchas risas y alusiones a nuestro “chiquito de la calzada”, al mediodía nos depositó en la capital del país.

La configuración del centro de Windhoek hace que sintamos estar en una ciudad alemana en el corazón de Baviera. Desgraciadamente, cuando tomas alguna de las salidas por carretera chocas de bruces con la realidad. Nuestra agradable y organizada ciudad está rodeada por algunas de las extensiones de tierra más inhóspitas y menos pobladas del planeta, sin una gota de agua en cientos de kilómetros a la redonda. Para compensar tanta desolación geográfica, este oasis de civilización alberga numerosas razas y fantásticas mezclas étnicas. Algunas mujeres son bellísimas. Nunca olvidaré el orgulloso bamboleo al caminar de esa espectacular mujer de más de 1,80, piel tostada con mezclas de alemán y ovambo, cabello largo y cobrizo, luminosos ojos verdes y vestida por algún diseñador europeo.

Paseando por la lujosa Avenida de la Independencia nos deleitamos viendo pelirrojos, albinos, exóticas mezclas étnicas resultantes de uniones entre ovambos, hereros o himbas con chinos, caucásicos e hindúes. Modelos de

Versace, Chanel y Armani, joyas, BMWs, Mercedes y Porsche, yuppies, enormes y gordas mujeres negras con uniformes tradicionales, algún bosquimano semidesnudo, quioscos que venden cucuruchos de delicioso helado italiano, restaurantes alemanes que sirven mil y una variedades de bratwurst, agencias de viaje con docenas de ofertas para viajar a Alemania. Si deseas contrastes, en Windhoek tienes lo que quieras y más.

Tras organizarnos rápidamente, Juan y yo compramos pasaje en una cómoda furgoneta, transformada en minibús, en dirección a Swakopmund, el mayor centro turístico de la costa. Desde allí pensábamos internarnos en el Desierto.

En Swakopmund descubrimos con preocupación que no existía el alojamiento que necesitábamos: las dos únicas pensiones para mochileros habían sido cerradas por el ayuntamiento para dificultar el turismo barato. Es decir, nuestro turismo. Como siempre en estos viajes todo problema siempre encuentra una solución. Un golpe de suerte nos encaminó a un pequeño paraíso: Sam Giardino's Guesthouse.

Sam es uno de los tipos más peculiares que he conocido en este viaje. Llegó de la Suiza alemana a Swakopmund hace pocos años y compró una casa. Aprovechando su experiencia como director de un hotel en Basilea, este gordito de 50 años con aspecto de empollón decidió establecer un "guest house" o casa de invitados, como a Sam le gusta llamarla. Se trata de un chalet de lujo, con un bonito jardín japonés, estanque artificial con su puentecito, y una vivienda de cinco habitaciones y dos pisos decorada al estilo centroeuropeo, como si buscara satisfacer las expectativas de alemanes exigentes que buscan las comodidades de un refugio alpino. Sam es un amante de buenos vinos y gruesos puros y, como buen suizo, es aburrido, formal y sofisticado. Durante los días en que llegamos a su ciudad Sam se enfrentaba a problemas derivados de la reciente inauguración de su alojamiento. Necesitaba darse a conocer y aún carecía de huéspedes pudientes, por lo que aceptó a un par de pordioseros harapientos como Juan y yo por la módica cantidad de siete euros al día. Un auténtico lujo por calderilla. Teníamos una completa cocina a nuestra disposición con acceso a los más exquisitos manjares, la mejor música clásica, video, televisión vía satélite, ordenador portátil, biblioteca y videoteca etc. Durante los primeros días no salimos de Sam's ni para comprar el pan. Se nos unió Enzo, un cuarentón maestro de escuela del sur de Italia de carácter irregular. Estaba

en el comienzo de sus dos meses de vacaciones en los que viajaría por Sudáfrica y Namibia.

## UN UNIVERSO DE DUNAS

Juan debía regresar a Madrid, desandando por tierra los miles de kilómetros que habíamos recorrido juntos por caminos y pistas desde el este, comenzando en Harare, Zimbabue. Le esperaban tres días de viaje en los que bajaría de una furgoneta sólo para dormir y orinar. Pero antes de su partida aprovechamos para sacarle jugo a las gigantescas dunas que rodean Swakopmund. El primer día fuimos con un grupo de ingleses a practicar “Sand Dune Boarding”, un extraño deporte de riesgo. Desde la cresta de dunas de mas de 250 metros de altura, equipado con gafas de sol, guantes, casco y una fina y sencilla tabla rectangular, te deslizas a gran velocidad por largas e inclinadas pendientes de brillante arena ocre. Borbotones de adrenalina durante el vertiginoso descenso. A 80 kms por hora controlas tu dirección rozando levemente la arena con la puntera de la bota. Un error o tropiezo a esta velocidad y rebotarás contra la dura y compacta arena durante varias docenas de metros. Al día siguiente alquilamos quads (motos todo-terreno de cuatro ruedas) y navegamos durante horas entre las altas olas de arena.

Juan se marchó. Me volví a encontrar huérfano de buenos amigos, y sumido en la nostalgia me uní a los planes de viaje de Enzo. El italiano había alquilado un viejo VW Golf para recorrer durante cuatro días las pistas de una parte de la costa Namibia y por el Desierto Namib Naukluft.

Doscientos kms al norte visitamos la reserva de Cape Cross, donde cincuenta mil focas retozan compactas en una apestosa colonia al borde de la rocosa orilla del Atlántico sur. Cambiamos de rumbo hacia el Sur en busca de unas lechugas gigantes llamadas Welwitschias. Son extrañas plantas que crecen en medio del desierto, no florecen hasta los 20 años y viven más de mil años, algunas hasta 3.000 años. Absorben las microgotas de agua que produce la condensación de la niebla que cubre como una manta las mañanas en el desierto.

Continuamos hacia el sur durante todo un día, serpenteando aburridamente

y con precaución a lo largo de interminables y peligrosas pistas de arena y piedra, rodeados por paisajes lunares. Teníamos miedo de sufrir una avería mecánica porque no había asistencia técnica posible. Equipados con una tienda de campaña, muchos litros de agua, gasolina extra, neumáticos y comida de sobra, recorrimos seiscientos kms de homogéneos contornos en el desierto más antiguo del mundo.

Dicen las guías turísticas que el Namib Naukluft es uno de los paisajes más mágicos. El clima es el resultado del choque de la corriente antártica de Benguela con los vientos tropicales. Durante el día te derrites a más de cuarenta grados y por la noche te congelas a temperaturas bajo cero. La fricción térmica da lugar a terribles tormentas de arena que bloquean el sol y penetran por las más finas rendijas. También ocasiona brumas y nieblas matinales. Este choque de fuerzas ha cubierto el paisaje con un pesado mar de arena e impresionantes dunas. Son arenas de cuarzo con vivo color rojizo, anaranjado, violeta y crema que se desplazan milímetro a milímetro, sin prisa pero sin pausa esculpiendo formas caprichosas. Un viento incesante acaricia y transforma las crestas cada día. Una foto satelital muestra la geometría perfecta de esta alfombra anaranjada que muta como el agua. Cuando el viento sopla de varias direcciones, las dunas adquieren forma de estrella.

La culminación de este escalofriante entorno son las dunas de Sossusvlei, un oasis casi seco rodeado por solitarios esqueletos de árboles y por las dunas más altas del mundo, con más de 300 metros de altura. El reflejo de estos gigantes de arena en el agua de un estanque irreplicable e inmóvil produce un efecto que hace valer la pena cualquier paliza por las áridas e interminables pistas. Impresiona subir a una duna elevada y observar un desierto inabarcable que se difumina por los cuatro horizontes. Como inconveniente, hay que decir que cuesta la vida ascender 300 metros de duna, porque a cada paso tus pies se sumergen muchos centímetros en estas arenas casi movedizas. Llegada la noche, Enzo y yo nos cobijamos en nuestras tiendas de campaña y permanecemos dos días en Sesriem, a sesenta kilómetros y punto de acampada autorizado más cercano a Sossusvlei.

Cuando regresamos del desierto me quedé un par de días en Windhoek, donde preparé la próxima etapa del viaje.

Necesito volver a Namibia. Me he quedado con las ganas de ver la

legendaria Costa de los Esqueletos, que bordea hacia el norte el Atlántico sur durante muchos cientos de kms, desde Swakopmund hasta la frontera con Angola. Son dos millones de hectáreas costeras con playas de arena y dunas infinitas. Se dice que esta costa es el lugar más inhóspito del mundo. Durante la época de los descubrimientos fue ignorada por los exploradores marítimos por lo traicionero de las corrientes costeras y peligrosos bancos de arena. Encallar en estas brumosas y desoladas playas suponía una muerte segura, ya que caminando hacia el interior sólo encontrarían desierto, leones hambrientos, elefantes y rinocerontes. Se dice que hasta hace algunos años una especie semi extinguida de “leones del desierto” se acercaba hasta las playas repletas de esqueletos de barcos para alimentarse de cetáceos encallados, o de algún lobo de mar desprevenido.

Durante las próximas semanas viajaré por África Occidental. Quiero conocer y escribir sobre Togo, Benin, Ghana, Costa de Marfil, Burkina Faso y Mali.

Me cuentan que allí encontraré lo más profundo del África negra, con gente poco contaminada por el turismo y con el legado de la desastrosa colonización europea.

















